

Conservación, crisis ecológica y autogestión

LUIS EMILIO TÉLLEZ CONTRERAS :: 05/01/2016

Modelo de civilización en el que durante un largo proceso tecno-industrial la naturaleza fue integrada a los procesos económicos del mercado mundial

La crisis ecológica actual

En la actualidad prácticamente nadie está en desacuerdo con el hecho de que estamos en medio, o de menos entrando, en un período muy delicado de la crisis ambiental global. Un momento en el que si no se definen de manera contundente algunas medidas serias, las consecuencias catastróficas -que de por si ya son probables- serían definitivamente seguras. Estas son las conclusiones del GIEC (Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático) que se vuelve a expresar en su V informe rumbo a la COP 21 en Paris.[1]

Más allá de la reiteración de los peligros presentes, la crisis ecológica en realidad es la más patente y cruel expresión de la profunda inviabilidad racional y humana del modelo de civilización, en el que durante un largo proceso tecno-industrial la naturaleza fue integrada a nivel global a los procesos económicos del mercado mundial. Este proceso desde hace mucho, y cada vez con mayor claridad, ha mostrado los límites de la idea del crecimiento material al infinito, dogma sobre el que se sostiene la economía de mercado actual.[2]

Sin embargo, aunque esto es patente para una gran cantidad de gente en el planeta, es esta racionalidad económica de expansión al infinito la que sigue dominando abrumadoramente, aun cuando la corriente del decrecimiento haya tenido cierta popularidad. ¿A qué se debe esto? No sólo se debe a que la racionalidad económica capitalista ha eludido las críticas imponiendo su poder económico, sino que ha tratado de subsumir en su discurso la idea de que su forma de funcionar puede ser sustentable, de que la acumulación sin límites de capital puede ser compatible con los ritmos de recomposición de la naturaleza. Este discurso tiene varias aristas que van desde la política "ambientalista" de los gobiernos y las normas ecológicas hasta las mágicas soluciones tecnológicas o la ética conservacionista. El discurso ecológico ha sido tan extendido y banalizado que, en estos tiempos de mayor destrucción, la propaganda nos hace sentir que vivimos en la época del ecologismo pleno. Este intento de llevar la lógica de la racionalidad económica a la lenta racionalidad del funcionamiento ecológico ha producido en realidad lo contrario. Ha puesto las condiciones para que la administración ecológica de los recursos se guíe por la apresurada producción para la competencia en el mercado. Por ello ahora el objetivo de las energías alternas no es salvar la vida humana en el planeta, sino ser capaces de competir con la industria de los hidrocarburos para que pueda ser un negocio rentable.

Los empresarios y gobiernos "realistas" son los que dominan las altas esferas de la discusión sobre estos temas y al parecer, la COP21 se dirige a ser otra gran reunión de grandes promesas, de magnos compromisos, pero pocos resultados. Por otro lado el movimiento ambientalista ha avanzado en realidad demasiado poco en los últimos años, no se ha logrado generar una dinámica generalizada de crecimiento u oposición ni en lo social,

ni en lo político. El espectro está siendo dominado por las grandes cumbres oficiales y no por las alternativas populares. Sin embargo, las luchas a ras de suelo no cesan, por aquí volvemos escuchar a los movimientos por la defensa del agua, del territorio, etc. Vemos nacer asociaciones por esta o aquella demanda ecológica (contra el fracking, contra la minería, contra los transgénicos, contra el despojo, etc.) e incluso comunidades que implantan medidas ecológicas a partir de la auto organización. Abajo algo se sigue moviendo.

Conservar para sobrevivir

El tipo de luchas que se dan en el ámbito ecológico a veces son tan variadas y con contornos tan poco precisos que cuesta trabajo ver la vinculación que tienen entre si. Sabemos que tienen que ver, y mucho, cuando identificamos que las raíces de sus problemas son comunes. En este sentido, sorprendería a algunos doctos ecologistas saber, por ejemplo, que la lucha por la disminución de las horas de trabajo y la repartición de este es una demanda más ecológica que la protección de ballenas en el Pacífico, pues ha sido el aumento de la productividad del trabajo un pilar esencial del “progreso destructivo” que posibilita el impacto negativo sobre toda la naturaleza. Esto no significa que sólo cierto tipo de luchas se deben dar o son más importantes que otras, pero nos da una dimensión de lo poco claro que pueden ser los límites de las luchas ecológicas.

Entre las luchas ecológicas más importantes están las de la conservación y la de la defensa de la explotación racional de los recursos naturales, prácticas demasiado cercanas. La conservación es una práctica social que en realidad lleva al menos un par de siglos (si no es que más), aunque a lo largo de la historia se ha realizado por razones diversas, desde motivos puramente estéticos hasta simbólicos o mercantiles (reservas para el negocio del turismo). Los sectores y las clases sociales que las han llevado a cabo han sido igualmente variadas; no fue lo mismo la conservación de los aristócratas de bosques exclusivos a la conservación de los pueblos indígenas de América. Pero lo que debemos ubicar en la actualidad es el particular papel ecológico y social que juega la lucha por la conservación, pues la situación en la que nos encontramos cambia radicalmente el carácter y el rol de la lucha conservacionista, pues cobra una dimensión no imaginada antes y pone en el centro una pregunta muy sencilla y al mismo tiempo radical: ¿quién controla/gestiona a la naturaleza y para qué?

Esta perspectiva va acompañada de una evolución en la visión clásica, y cuasi metafísica, que se tenía de la naturaleza. Ahora se adoptan dos elementos centrales[3] que nos permiten entender la relación con la naturaleza de forma distinta. Por un lado, la premisa de que los ecosistemas no son estáticos, ya que estos también se modifican en el tiempo, ya que no son simples proporciones dispersas de especies y materia no viva, sino que un ecosistema son fundamentalmente flujos constantes de energía en una relación dinámica de las especies. Por ello, se pueden identificar cambios y hasta etapas definidas que pueden ser drásticas y otras veces paulatinas. En segundo lugar, entendemos actualmente que los seres humanos somos parte de ese ecosistema y una parte sin la que no se podrían entender las modificaciones milenarias que ha tenido la naturaleza en su relación con las sociedades[4].

Estos dos ejes nos permiten tener una idea mucho menos ingenua de lo que significa la

labor y la lucha por la conservación, entendiendo que lo que se pretende en esta causa no es simplemente regenerar estadios pasados para que los ecosistemas vuelvan a ser para siempre lo que eran y a entender también que la conservación no está necesariamente en contradicción con todo tipo de actividades humanas, ni productivas, ni recreativas.

El problema para la conservación (y prácticamente para toda lucha ecológica) se encuentra en otro lugar. Rebaso el ámbito de la academia y de los espacios locales o regionales, ya que nos encontramos con que la conservación y la restauración en la época presente -de los mercados mundiales y de la producción económica a gran escala- obligan a ver la posibilidad de salvamento no sólo en la justa aplicación de ciertas técnicas eficaces de protección, sino a enfocar el problema de manera global, aunque sepamos que las intervenciones concretas son locales. Por ello se debe construir una clara visión que nos permita entender las problemáticas globales a nivel concreto y aportar soluciones concretas a problemas universales.

El ejemplo más claro es el vuelco climático, problemática que sería absurdo considerar como global pero sin repercusiones locales, porque ¿qué ecosistema no resentiría de manera sustancial la elevación de la temperatura a 3 grados centígrados en todo el globo?

Por otro lado, no debemos simplemente atender los problemas con el fetichismo de la propaganda y enunciar los grandes retos con grandes soluciones mágicas, por ello es fundamental que cada lucha por la conservación desarrolle su combate lo mejor que pueda y sobre todo que la haga triunfar dentro de sus marcos, sin que ello signifique pensar que el problema simplemente está resuelto, pues las condiciones planetarias no garantizan la solución de las demandas de prácticamente nadie, y frente a ello la necesidad de convertir cada lucha ecológica local o regional por una lucha con perspectivas globales que abonen a extender a otras regiones la defensa de la naturaleza.

Por ello la pregunta fundamental para todos los conservacionistas es ¿cómo hacer frente desde la conservación y las restauración a un cambio global que podría modificar o destruir** cualquier ecosistema?

Esta situación reitera la idea tan difundida en el activismo político de que cada lucha local siempre será limitada en el tiempo, tanto para ella como para los problemas que son universales.

La autogestión como vía de solución.

Para lograr la conservación cabal es necesario involucrar a la gente, pues el primer paso para la preservación antes de restaurar es la de eliminar o contener las amenazas y todos los factores de impacto negativo directo e indirecto. Este involucramiento no tiene que ver sólo con el hecho de que la gente se vuelva consiente de su entorno y no lo dañen más, sino que será a través las poblaciones identificadas con los espacios naturales que se podrán defenderlos efectivamente de intereses externos a los intereses de la comunidad con su medio.

Es decir, la socialización democrática de la toma de decisiones sobre lo que se hace en las áreas naturales sería el garante de la conservación, enlazada a un decidido proceso de

cambio a una racionalidad ambiental y a garantizar un manejo y conocimiento profundo de la naturaleza (científico y no científico[5]). A este proceso que podemos llamar autogestión, no es solamente producto de la voluntad de algún grupo voluntario que desee comprometerse con el cuidado de algún espacio natural, sino que será cada vez más una necesidad de las poblaciones que se enfrenta con la destrucción acelerada de los recursos naturales. Es decir, ante la tendencia de privatización de los recursos y el manejo estos por un grupo cada vez más pequeño de expertos, será necesario que la administración colectiva se asiente como una alternativa frente al panorama terrorífico de la escases absoluta al que se dirige la dinámica de la apropiación privada y producción capitalista.

Es decir, la ciencia de la conservación, tendrá que ser una herramienta colectiva, cada vez más amplia en la población (como ya de hecho la tienen a su modo muchas comunidades nativas). Pues para decirlo con todas sus palabras, vivimos en medio de una lucha un tanto encubierta por el control de la naturaleza.

Frente a esto debemos decir, que la autogestión es un concepto demasiado polisémico y visto en ocasiones como un patrimonio de la corriente política autonomista[6] sin embargo, la idea de la autogestión social viene de lejos y se ha puesto en práctica a gran escala en algunos países[7]. En estos tiempos se hace indispensable retomar las experiencias históricas que han planteado vías de emancipación humana y de la naturaleza ante el callejón sin salida en el que el sistema capitalista nos arrincona. Para ello las experiencias de autogestión socialistas son las más avanzadas, pues la autogestión como proyecto local es una ilusión demasiado hermosa para ser verdad, ya que si no se replantea la economía a gran escala los esfuerzos se desvanecerán. Es momento de replantear la urgencia de una alternativa ecologista autogestiva en el marco del reciente ascenso internacional de la izquierda rupturista. Necesitamos poner el freno de emergencia para que la humanidad no se descarrile en un barranco.

En este sentido, los pequeños esfuerzos en condiciones de evidente peligro se pueden convertir en grandes iniciativas y aportar para construir un camino distinto. Es momento de levantar la vista a los problemas globales desde nuestra lucha concreta, es hora de hacer del conservacionismo una opción de salida real para nuestra sociedad.

Notas

[1] Ver Tanuro, Daniel, El GIEC lanza la voz de alamra.<http://www.vientosur.info/spip.php?article9577>

[2] Ver Leff, Enrique, “La construcción de la racionalidad ambiental” en Racionalidad ambiental. La reapropiación social de la naturaleza.

[3] Ver Sanchez Oscar, “Restauración ecológica, algunos conceptos y postulados”.

[4] Esto lo podemos ver por ejemplo en las transformaciones que ha tenido el maíz en México por su relación con las distintas culturas desde el México Prehispánico.

**Es el caso de los ecosistemas costeros o que están a o debajo del nivel del mar, pues quedarían inundados por la elevación de 7 metros del mar prevista ante el derretimiento de los polos.

[5] Como lo es mucho del conocimiento tradicional.

[6] Corriente que reivindica la independencia de cualquier institución del Estado vigente y la posibilidad de la autoconstrucción de un mundo distinto que rompa las relaciones de explotación y desigualdad no a través de la lucha política, sino a través de la organización social autónoma. Sin embargo, esta corriente se basa en la ilusión social de que no se necesita un sujeto político transformador (lo trabajadores, el pueblo, etc.) sino simplemente la construcción de nuevas relaciones “fuera” del capitalismo.

[7] Fue ejemplar la experiencia de la Yugoslavia socialista que puso en práctica la autogestión obrera y la autoorganización de las poblaciones en contra de los mandatos de Moscú. Sin embargo, la herencia estalinista del centralismo burocrático llevó a fuertes contradicciones. Para profundizar en esa experiencia es recomendable ver el escrito de Catherine Samary, “Los fines y los medios, ¿Qué proyecto autogestionario socialista?”, que se encuentra en la web.

www.contrahegemoniaweb.com.ar

<https://www.lahaine.org/mundo.php/conservacion-crisis-ecologica-y-autogestion>